

POLÍTICA.

ARTICULO II.

La ciencia política, lo mismo que todas las demas, no está exenta de las innovaciones que naturalmente van introduciendo el tiempo y la experiencia. Considerada en su origen y en los diversos periodos que hasta ahora ha tenido, veremos que ha ido desarrollándose, que se han ensanchado sus límites, que su accion ha salido del reducido y mezquino circulo en que se hallaba encerrada; y que, adquiriendo la importancia que no tenia en su nacimiento, sus miras han sido mas elevadas, su mision mas noble, mas grandioso su objeto. Es una verdad incuestionable que está en la mano de cualquiera poder demostrar con la irresistible lógica de los hechos, que los progresos de la politica están en cierta armonía con los adelantos de cada época; que con el acrecentamiento de las luces ha ganado en perfeccion; que su influencia ha sido mas benéfica, á medida que los pueblos han sido mas cultos y civilizados; pero como escritores que gozan de una gran celebridad se han esforzado en sostener que deben fijarse ciertos límites á los progresos de la civilizacion, atribuyéndola, cuando los propasa, todos los vicios que pervierten las sociedades, y producen la disolucion de las mismas; no podemos dispensarnos de hacernos cargo con la brevedad posible, de cuantos razonamientos se han valido para fundar semejante doctrina, cuyo triunfo haria inútil la cuestion que nos hemos propuesto examinar.

Conviene en que las sociedades, los estados, las naciones, lo mismo que los individuos, considerados aisladamente, tienen su infancia, su virilidad, su decrepitud; pero disienten en que los progresos de la edad produzcan los mismos efectos sobre aquellas que sobre estos. El hombre, dicen, en proporcion que crece en años aprende mas, sabe mas, adquiere mas experiencia para arreglar su conducta; es decir que ensanchando el uso de sus fuerzas y facultades, y estendiendo sus conquistas sobre las cosas y su dominacion sobre sus inclinaciones y deseos, es como puede únicamente salir del estado de debilidad y dependencia en que le ha colocado la misma naturaleza. Pero en cuanto á las naciones, sostienen que son diametralmente opuestos los fenómenos que se observan en este periodo de su vida social. Conceden, como no pueden menos, que cuanto mas crecen en años mas se civilizan, pero afirman que cuando se hacen viejas llegan á ser desarregladas, se convierten en turbulentas, enervadas, corrompidas, apropiándolas todos los defectos y excesos que son inherentes, ó, mas bien, una consecuencia necesaria de la fogsidad de los pocos años.

No es nueva por cierto esta acusacion que se hace contra las luces y la civilizacion, no: es tan antigua como el mundo la idea de que la especie humana degenera, á medida que tiene mas años. La fábula, al referir las proezas de los primitivos tiempos se lamenta de haber desaparecido el heroismo en las generaciones posteriores. Homero en sus cantos echa en cara á sus contemporáneos el que no tengan la talla y la fuerza que los héroes de Troya; Plinio dice que los hombres cada dia son más pequeños. Y si de los escritores antiguos pasamos á los modernos, encontraremos muchos que, sin embargo de tener opiniones enteramente opuestas, participan de semejante preocupacion, como entre otros podemos citar á Rousseau,

Constant, Chateaubriand. Mas ¿qué necesidad tenemos de recurrir á la autoridad de hombres célebres? ¿Pues qué todos los dias no oimos decir á los ancianos que su juventud no era tan corrompida como la nuestra? ¿Y quien asegura que no digan los jóvenes de hoy lo mismo, cuando lleguen á ser viejos?

Empleando la palabra *civilizacion* para designar especialmente la industria, las artes, las ciencias y la riqueza, han creido que escluia toda idea de moral; y, fundándose en este error, han defendido que todo lo que es propio de la riqueza y á propósito para producirla, sirve tambien para introducir la corrupcion en las costumbres.

Nosotros convenimos en que las artes, por ejemplo, dulcifican las costumbres, pero no en que las corrompen. Podrán destruir y, en efecto, destruyen aquella ferocidad en que los pueblos conquistadores hacian consistir su tendencia á la guerra, su valor militar, y, lo que es mejor todavia, la guerra misma. Pero lejos de ser este un mal es el mayor bien que producen; porque no solo hacen inútiles las virtudes belicosas de los pueblos antiguos, sino que las condenan y reprueban como un medio de adquirir, por las desgracias y perpétuas luchas que son su mas inmediata consecuencia. Las artes tienen el gran secreto de hacer vivir á los hombres en cierta relacion y fraternidad, sin dañarse los unos á los otros: enseñándolos á buscar su subsistencia en el trabajo, miran á este como la verdadera fuente de su bien-estar, como la base principal de su prosperidad y engrandecimiento. A su influencia se ha debido, en gran parte, ese cambio que trasformó la vieja sociedad, proclamándose un sagrado respeto al derecho de propiedad, sin el cual no puede concebirse orden ni sistema ninguno social que sea duradero, ni tampoco ese desarrollo intelectual que mejora la condicion fisica y moral de los pueblos: sustituyendo á los medios violentos de existencia las pacíficas é inofensivas ocupaciones de la industria, necesariamente habian de nacer nuevas tendencias, nuevas inclinaciones y nuevos intereses, que reclamando otro género de vida diferente habia este de variar la situacion social y con ella la organizacion politica de las naciones. Al examinar las bases en que estribaba el gobierno de los pueblos guerreros que vivian á espensas de la conquista, tendremos ocasion de demostrar la importancia é influencia que han tenido las artes en los progresos que han hecho la industria y la moral, que son el verdadero gérmen de la cultura y libertad de los Estados.

Uno de los efectos inevitables de la guerra es la depravacion en las costumbres. Un pueblo guerrero mientras está entretenido en las incursiones militares que forman su habitual ocupacion, al paso que tiene necesidad de ser grosero, brutal y supersticioso para conservar la disciplina militar en toda su rigidez, sus costumbres son austeras y sencillas, y acostumbrado á vivir con poco es frugal y sóbrio; pero desde que llega á estender sus conquistas y á subyugar á otros colocándose en una situacion tal que puede gozar con alguna seguridad del fruto de sus rapiñas, de los despojos de sus victorias, se entrega á las mayores profusiones, á todo género de excesos, á todo linaje de vicios y de desórdenes, como se vé patentemente en la historia de todos los pueblos militares. Y no se crea que eran las riquezas la causa de su corrupcion, como pretenden los que imputan á la civilizacion la perversidad en las costumbres, no; las riquezas no fueron las que llegaron á corromper los pueblos conquistadores, sino la manera y el medio de que se valian para adquirirlas. Los hombres no disfrutan con prudencia sino de los bienes que se han procurado con su trabajo y á costa de algunas privaciones y economías: el militar goza del botin

que hace en la guerra, como el jugador del dinero que gana en el juego; el uno y el otro disipan al momento lo que de este modo han adquirido, consumiendo su fortuna en fomentar los vicios, que engendra el estado habitual de ociosidad en que viven.

El ejercicio de las artes se oponía á la guerra cuando esta era la esclusiva ocupacion, el único medio de subsistencia; pero no es incompatible de ningun modo con el verdadero valor: lo único que hace es darle otro carácter, otro móvil mas noble, otra tendencia mas digna y justa. Un pueblo industrioso, por ejemplo, no se inflama por el deseo de la conquista sino contra ella; en vez de escaltarse para oprimir y vejear á otro, se deja poseer únicamente por el ardor y patriotismo que le inspira su propia defensa, estando siempre dispuesto para escarmentar á sus injustos opresores. Si necesitáramos pruebas de esta verdad no tenemos mas que recurrir, no á la historia antigua sino á la contemporánea, y ella nos las suministra. Es indudable que las artes no se oponen al valor, porque la Inglaterra, que es la nacion mas rica é industriosa de Europa, no es la menos brava, como lo prueba bien el ejército ingles que se presentó en Waterloo.

Si los pueblos á proporcion que se civilizan, van adquiriendo mas amor al trabajo, entreteniéndose en las faenas de la agricultura, en las ocupaciones de la industria y del comercio, es natural que no se presten fácilmente á las revoluciones políticas; queriendo deducir de aqui los enemigos de la civilizacion que esta les hace débiles y pusilánimes. Pero de que no se distraigan con tanta facilidad como otros menos cultos, no puede jamás inferirse que estén mas dispuestos á soportar la opresion, no; en semejantes pueblos la opresion es mas insoporable, porque se guarda mas respeto á las personas, porque las cosas y las fortunas están mas garantidas por la ley. La civilizacion es la que únicamente engendra el valor civil, porque el hombre instruido tiene en algo la dignidad de su persona, y no puede sufrir la menor injuria que se le haga; es mas sensible á toda clase de injusticias, á todas las usurpaciones, á todas las violencias. Nuestros ascendientes tolerarian arbitrariedades del poder que nuestros descendientes no sufrirán seguramente. Si vemos que muchas veces se cometen por los gobernantes actos despóticos sin que produzcan reclamaciones universales, sin que conmuevan las masas, no es porque estas sean demasiado civilizadas sino porque les hace falta mas cultura, como lo prueba el que al paso que el mayor número se muestra indiferente á semejantes desmanes, estos escitan hasta el mas alto grado la indignacion de los hombres ilustrados, que son los únicos que tienen el sentimiento y la conciencia del mal que causan.

Otros, por el contrario, dicen que la civilizacion nos hace turbulentos y facciosos, é incapaces de ser gobernados. Un pueblo ilustrado aprueba todo lo bueno que hace su gobierno, impide á este hacer el mal y le subtrae de la influencia de los malos consejos, defendiéndole contra los ambiciosos, porque conoce sus miras. Jamás sirve de instrumento á los intrigantes, les desprecia arrancándoles la máscara con que encubren su siniestros fines, les escarmienta cuando tratan de alucinarle con sus sugestiones, y mirándoles como enemigos del reposo y la tranquilidad pública, en vez de fomentar el espíritu de rebelion acaba por debilitarle y extinguirle. Estando á la mira de todos los actos del gobierno y examinándolos, procura contenerle cuando se escede; y previendo los males antes que se acrecienten es mas fácil remediarlos. Pero cuando las masas no están ilustradas, las mejores intenciones y deseos de los encargados del poder se estrellan contra su ignorancia; y por mas

que una ley consagre un principio justo, ó repare una injusticia, ó proponga una mejora, siempre se opondrá á su ejecucion la opinion pública; y hasta que esta no se reforme ó corrija serán ineficaces é impotentes cuantas tentativas se hagan por el gobierno para hacerse obedecer.

Tambien dicen que la riqueza produce depravacion, fundándose para esto en que en la corte y en las ciudades populosas, por ejemplo, en donde hay mayores fortunas, ecsiste una grande corrupcion. Mas á poco que se medite se demuestra esta preocupacion vulgar. Si la riqueza puede contribuir á que el cortesano sea corrompido, esto no proviene de que posea una gran fortuna, sino mas bien del género de industria por la cual la ha adquirido. El hombre verdaderamente iudustrioso solo puede llegar á ser rico por el trabajo, la actividad, la economía, y la práctica de todas las virtudes sociales. Entre todos los medios de reformar las costumbres el mas eficaz es la riqueza, sin disputa: ella nos proporciona las inmensas ventajas de una buena y esmerada educacion, nos inspira sentimientos, inclinaciones y hábitos tales que, apreciando en mucho la consideracion de los demas, tenemos por esta razon un interés mayor en conducirnos bien: asegurada nuestra subsistencia, en vez de ocuparnos en la adquisicion de aquellas cosas indispensables para la vida, nos queda tiempo y tenemos los medios para instruirnos, y con la instruccion se perfeccionan las costumbres. Aun respecto del que ha alcanzado por medios reprobados las riquezas, siempre producen estas algo bueno: por de pronto le colocan en una posicion social que le obliga á presentarse con cierta compostura en público, á ser atento y bien educado con los demas; y si esto no es una virtud, sirve al menos para encubrir el vicio.

Si las sociedades humanas, si las naciones, si los pueblos, si los Estados no pudieran traspasar cierto grado de civilizacion sin acarrear su repentina muerte, hace ya mucho tiempo que debiamos haber desaparecido de la escena del mundo; porque si los pueblos de la antigüedad perecieron, como quieren suponer, por demasiada cultura, siendo nosotros mucho mas civilizados que ellos, como lo demostraremos en su lugar, debemos estar en visperas de morir, y nada, en verdad, anuncia que nuestro fin esté tan próximo.

Reasumiendo cuanto llevamos espuesto, diremos que la civilizacion nos hace mas instruidos, mas ricos, y acrecentando todos nuestros medios de accion nos proporciona los elementos para nuestro engrandecimiento: en vez de corrompernos tiende siempre á corregirnos, dulcificando nuestros hábitos, depurando nuestras costumbres, imprimiendo ciertos sentimientos de orden y moralidad, é inspirándonos esa dignidad que dá el verdadero valor, única garantia contra la tirania y la opresion.

Habiendo demostrado, como conviene á nuestro propósito y del modo que lo permiten los reducidos limites de este ligero trabajo, cuales son los verdaderos efectos de la civilizacion, volvamos á nuestro objeto.

Si la historia de la *politica* está intimamente enlazada con el movimiento y direccion que ha guardado la humanidad en los diversos periodos de su vida social, seguiremos su mismo camino, empezando por hacer una breve reseña de los principales estados que ha tenido desde los primitivos tiempos hasta el día.

Poco nos detendremos en la primera edad del género humano en que la suerte de este fué doblemente precaria y desgraciada que en las sucesivas, por mas que algunos filósofos hayan pretendido sostener que la sociedad ó el estado social es el mas contrario y perjudicial á la felicidad del hombre. La vida salvaje ó errante, decian aquellos, es el estado en que no puede ejercerse la opresion ni la tira-

nía; en donde rige en todo su rigor y pureza el principio de una perfecta igualdad; en donde reina la independencia que se pierde en la vida civil; defendiendo que este modo de vivir era el mas conforme con la naturaleza humana, y que esta edad era la de la inocencia escenta de todos los vicios y debilidades humanas. ¡Bello ideal, sueño dulce, pero sin realidad, ilusion engañosa que solo puede ecsistir en la imaginacion ecsaltada por un ardiente amor hacia la humanidad! A poco que se medite vemos que en este estado que llaman de naturaleza, imperan solo la fuerza y la violencia; que el hombre no encuentra garantidos sus derechos, ó mas bien puede decirse que no tiene ninguno; que no solamente es de continuo atacado en sus mas preciosas prerrogativas, sino que tambien se le disputa hasta su misma ecsistencia fisica, siendo victima de todas las horribles consecuencias de la perpétua guerra que formaba la primera condicion de su vida. No sabiendo valerse de los recursos que en sí tienen los hombres, de nada les servian en esta edad de la humanidad sus facultades fisicas y morales; y no pudiendo proveer muchas veces á sus necesidades mas imperiosas, vivian bajo la mas dura esclavitud, rodeados de todo género de privaciones y sufrimientos. Ademas, desconocian las inmensas ventajas que reporta el espiritu de asociacion; no habian saboreado los dulces encantos de las relaciones sociales, ni gozado de los atractivos del trato y comercio de los unos con los otros; no habian experimentado ni conocido los sentimientos de la amistad, de la benevolencia, de la humanidad y todos los demas que dulcifican, digámoslo así, la vida civil; y no concebian cómo era posible que subsistieran simultáneamente numerosas poblaciones sin dañarse, en una misma comarca. De aquí nacia el que—no contando con mas medios de subsistencia que los que espontáneamente les ofrecia por sí misma la naturaleza,—cuando los productos naturales de un terreno no bastaban para alimentar las tribus que le habitaban, en lugar de multiplicarlos por medio del trabajo, apelasen á la guerra para reducir el número de los consumidores, destruyéndose unas á otras. De este género de vida no podian jamas formarse los elementos de una organizacion social y politica, por imperfecta que fuera: estos nacieron despues, cuando empezaron á desarrollarse los primeros gérmenes de la civilizacion que iba preparando aquel periodo primero, que puede considerarse como la infancia de las sociedades humanas.

Entonces fué cuando nació la ciencia politica; entonces fué cuando los hombres impelidos por la necesidad imperiosa de vivir en sociedad, obedeciendo á los sentimientos de su propia conservacion y siguiendo los instintos de mejorar su ecsistencia fisica, intelectual y moral, se constituyeron bajo un sistema que, secundando las leyes de su naturaleza, ensanchára la esfera de su actividad, favoreciese el desarrollo de todas sus facultades, multiplicára los medios de llenar sus deseos, fomentára, en fin, su poderío sobre todos los seres de la tierra. La politica entonces mezclada con las demas ciencias sociales, estaba como estas concretada á un reducido número de reglas envueltas entre grandes errores y preocupaciones que revelaban el estado de imperfeccion de los pueblos; y fué preciso que transcurriera algun tiempo para que separada de las demas tomára un carácter propio.

Ecsaminada como nos proponemos con relacion al género de vida que adoptaron los hombres y con la organizacion social que han tenido en las diversas épocas que se han sucedido hasta nuestros dias, pasaremos en silencio aquellas primeras que ofrecen un estado informe, como cuando los pueblos vivian de la caza y de la pesca y hacian una vida puramente pastoril; porque entonces, á la vez que eran lentos los pasos que habian dado en el órden civil y administrativo, no eran mayores, á la verdad

en la parte que tenia relacion con la constitucion de su gobierno. Empezaremos, pues, á estudiar el de aquellos pueblos célebres de la antigüedad cuya única y exclusiva ocupacion era la guerra; en aquella edad de la civilizacion ya presentaba la política un cuerpo de doctrina que, sino constituia una verdadera ciencia, se acomodaba por lo menos á los progresos de aquellos tiempos; y desde entonces vamos á considerarla con referencia al modo como estaban organizadas todas las instituciones sociales, y á los medios en que fundaba su subsistencia, cuyo ecsámen será la materia de otro artículo.

El Viagero Errante.

EL PUERCO-ESPIN Y LA TORTUGA.

FABULA.

Ufano con las puntas erizadas
Que en su cerdosa piel áspero cria,
De esta manera, razonando á solas,
El Puerco-espin decia:
—«Goce el toro en sus astas, ó presuma
De su pata el caballo:
¿Qué es su coz comparada con mi pluma,
Cuando con ella furibundo estallo?»—
La Tortuga, que oia
Lo que el taimado Puerco-espin decia,
De cobardia agena
Asomó por la concha el corvo hocico,
Y le dijo riendo:—«¡Enhorabuena!
Pero, amigo, es el chasco
Que metiéndome yo dentro del casco,

No ha de dañarme, aunque se vuelva mico,
Siendo la sola yo, con tal tesoro,
Que ni le temo á usted, ni temo al toro,
Ni la coz del caballo ó del borrico.»—

Desde que oi la linda leccioncilla
Que al Puerco-espin le dió la Tortuguilla,
Cuando algun botarate se me atreve
De los que insultan con afan extraño,
Y con diatribas juzga hacerme daño,
O camorra satírica me mueve,
Suelo decirle así:—«No sea terco,
Ni se canse en herir si bien repara,
Que tengo conchas cuando usted dispara,
Y soy tortuga impenetrable al puerco.»—

Miguel Agustín Príncipe.

LA BANDERA.

Dicele el veterano á su bandera:
«Hecha un giron estás, bandera mia;
pero aun así, brillante y altanera,
flotando vas por la estension vacía.

Te amo mas que el avaro á su tesoro;
no hay otra como tú, vieja hermosura:
ayer engalanó tu lienzo el oro;
hoy con manchas te ves de sangre oscura.

Asi te quiero yo, pobre bandera!
¡Oh! tú das fuerza á mi cansada mano!
¡Oh! tú serás, mientras la suerte quiera,
la esposa del valiente veterano!

Yo he dormido á tu sombra vencedora
como duerme un leon ya satisfecho;
puesto al hombro el fusil me halló la aurora,
y á la voz del clarin latió mi pecho.

Firme y robusto como tronco erguido,

con los ojos en tí, me vió la guerra....
silvaba el plomo; el hierro enrojecido
cubria de cadáveres la tierra.....

¡Oh! tú no sabes bien, bandera mia,
lo que en momento tal pasó en mi alma!
Henchido de valor, MUERTO, decia,
A FALTA DE LAUREL, HALLARE CALMA.

Y vencí....como siempre!—El enemigo
huyó, cubierto de amarillo espanto;
la selva en sus estrañas le dió abrigo,
la noche densa le envolvió en su manto.

.....
¡Oh, recuerdo inmortal! aqui, conmigo,
dentro del corazon, aqui te quiero!
tú, tú serás de mi valor testigo,
de mis glorias futuras, compañero.

Ese son!.... otra vez!... La trompa fiera

torna á llamar la gente á la batalla;
 ¡oh, á la lid!... á la lid!... ven, mi bandera,
 á triunfar de la bomba y la metralla!
 Nada es bastante á contener mi brio;
 yo no sé qué es temor; busco la gloria;
 ella hace un trono del sepulcro frio,

trueca el ciprés en palma de victoria.
 ¡Rompa los vientos el cañon sonoro!
 la gloria en esos campos nos espera!
 vale un manto de rey, un cetro de oro,
 el mas pobre giron de mi bandera!

Francisco Zea.

LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL DE D. M. LARRAZABAL.

CAPITULO IV.

(Continuacion.)

—No es mi ánimo incomodar á V. señorito, y menos ahora que va V. siguiendo á tan hermosa y encan.....

Eusebio no deja al panzudo sastre concluir la última palabra, dándole tan descomunal golpe en el sombrero que le hace bajar rápidamente hasta los hombros.

El bueno del sastre viendo metido á su rostro en una jaula oscura, grita y pateaba como un becerro. A los gritos acuden algunos curiosos, que, por no tomarse el trabajo de menear los pies, salen del salon del baile así que suena la orquesta, dejando á muchas bellas muertas de envidia al contemplar como otras llevan el compas. Uno de estos curiosos, llevado de la compasion que escita el portero con sus descompasados lamentos, trata de sacarle de las tinieblas á la luz tirando de la copa del sombrero. El Sr. Roque, que cree que aun siguen las morisquetas del que tan de súbito ha embutido su rostro en el sombrero, quiere defenderse á puñetazos, lo cual es suficiente para que se arme un barullo de *Barrabás*.

Varias mesas vienen al suelo y con ellas las botellas y los vasos: una de ellas, llena de cerveza, roza al pasar un chal color de clavillo, adorno de una señora muy gruesa y mofletuda, que, mientras su querida hija se entrega á las delicias del baile, quiere sorber una tacita de té, porque su apergaminado esposo la tiene dicho que la tal bebida es muy buena para los nervios. Al ver su rico chal—que solo sale á luz pública los *dias de incienso*—bañado de aquella manera, da rienda suelta á su lengua, que por cierto no es floja, para arrojar lindas finezas contra el portero, á quien la mofletuda señora supone en estado escepcional, y le llama... pues..... borracho. Una muger redonda como un tinaja, y de mas arranques que un tiro de mulas de una galera acelerada, se pone de jarrillas, y esclama con voz de trueno:—*«Diga la señorona! ¡la... será ella, y no mi marido! pues aunque semos probes naide ha tenido que echarnos en cara naa: quizás pensaria el ladron que todos son de su condicion.»* El caballero apergaminado, que se cree aludido, porque es administrador cesante de bienes nacionales y cuenta ya muy de *corrida*, levanta el baston para dejarlo caer encima de la señora Toribia.

Por impedir un imberbe mozalvete que el administrador de bienes nacionales descargase el golpe, y afearle, como honrado paladin, su innoble proceder, pisa con bastante fuerza sobre el calloso pie de un caballero á quien, apesar de llevar

á cuestras cerca de cincuenta y seis años, le gustan todavía los buenos palmitos y por esa misma razón ha tomado puesto en una mesa del café.

—¡Oiga V. mozuelo! otra vez mire V. en donde pisa.

El joven imberbe se resiente de esta palabra; porque, aunque hace esfuerzos para estirar su sombreado vigotillo, se cree hecho un hombre de armas tomar, y dice con desenfado:—«Caballero, no tengo ojos en los pies.

—Pues yo haré á V. que otra vez los tenga.

—Eso lo veremos.

—Parece que el mocoso se ha subido á la parra! guárdese V. *trastuelo*, de que le arrime un puntapie y le haga bailar el bolero.

—¡Caballero! me tiene V. que dar una satisfacción cumplida.

Zas! la bota del hombre de los cincuenta y seis años visita la parte occidental del doncel. Viéndose este interpelado de aquella manera, coge lo que mas pronto se le viene á la mano y lo arroja á la cara de su adversario, haciéndole cerrar un ojo—¡Mi abanico chinesco! mi abanico chinesco! esclama la señora del chal de color de clavillo.—Vamos, muger, al salon del baile, porque esto es ya un infierno:—dice el administrador cesante, recogiendo el descomunal abanico.

La alarma que semejante ruido produce se estiende en un momento por el Liceo: las parejas hablan unas con otras como queriendo inquirir el motivo de la bulla: los músicos no aciertan ya á llevar el compas; algunas señoras de la galería se disponen á marchar; y varios caballeros salen precipitadamente, á fin de averiguar lo que sucede en el café. Al mismo tiempo baja la bella Julia con Eduardo las gradas de la galería, que, como hemos dicho antes, conducen al salon: síguete todo su estado mayor de adoradores. Poco despues se presenta Eusebio con semblante risueño, diciendo con voz fuerte:—Señores, no hay para qué asustarse, pues la bulla no tiene un carácter sério. Estas palabras vuelven la calma á la sociedad; pero no impiden que empiecen de nuevo los cuchicheos entre las jóvenes.

—¡Jesus! y qué chica es esa Julia! ¡siempre se anuncia con ruido!—dice una que, apesar de que ya frisa en los treinta y ocho años, se ha puesto de vinticinco alfileres para atraer algun solicitador bailarín que la saque del purgatorio al cielo.

—Nunca viene sola; observa una morenita que ha estado pensando ocho dias enteros en el baile, y ha sido de las primeras en concurrir á él, pero que todavía no se ha estrenado en la danza.

—¿Cómo ha de venir sola si es una coquetona que á todos quiere!—responde una que viste un traje blanco, emblema sin duda de la ráfagas de aquel amor volcánico que abrasaba su pecho cuando no tenia mas que dieziocho navidades, y contaba sus amantes por docenas.

—Yo no sé qué mérito encuentran los jóvenes en Julia!

—Si tiene unas narices!

—Y qué cuerpo!

—Y qué ademanes mas toscos!

—Mira que arrugas la hace esta noche ese vestido de color de rosa!

—Apuesto á que lleva seis sayas de muleton para parecer mas gruesa!

—¿Quién es ese elegante que la acompaña?

—Es un abogadillo sin pleitos.

—Buena conquista por cierto!

De esta manera tan imparcial hablan las unas y las otras de la bella Julia, que por do quiera va sembrando la envidia y los celos. ¡Quizá algun dia hable ella del

mismo modo que las otras, sentadas hoy en el banco de la paciencia! Corren los años tan rápidamente para las bellas!

Aun no concluido el *Wals*, y antes que ninguno de los moscardones que tanto zumban al rededor de Julia, rico panal de miel para algun cesante sin sueldo, ó algun abogado sin disputas ni enredos la comprometa á bailar, se acerca Eusebio y la dice:—Señorita; ¿está V. comprometida para el primer rigodon?

—No, caballero: le responde con una sonrisa y una amabilidad encantadoras; lo que observado por el Licenciado *Pandectas* y demas cofrades, hace que á todos se les inflame con mas furia la hoguera de su ardoroso amor. El jurisperito vuelve á sentir fuertes palpitaciones en el corazon: *Tremenda* jura como un renegado: *Chacona* se consume de envidia: á *Zampaterrones* se le inflan los carrillos: *Curvatura* no sabe ya si el salon es cuadrilongo ú ovalado, pues la vista se le ha turbado: y por fin el pulso del Doctor *Homóplato* da siete golpes por segundo. A todos seis les ha atacado la espantosa enfermedad de los celos.

—En ese caso, vuelve á decir Eusebio con cierta galanteria, espero, señorita, que me hará V. el obsequio de bailar conmigo el primer rigodon.

—Tendré en ello sumo placer; le contesta Julia clavándole una mirada capaz de abrasar al corazon mas duro, pero poco acostumbrado á los juegos estrategias y dengues de una refinada coqueta.

El rigodon ha comenzado: Julia y Eusebio bailan y hablan que se las pelan.

—Siempre tan interesante, tan encantadora.....

—Favor que V. me dispensa, caballero.

—Oh! no, señorita: muchísimos veo yo desde aquí que dirían á V. otro tanto, si pudieran acercarse.

—¿Y quiénes son?

—Mírelos V., todos dirigen la vista hácia aquí.

Entonces Julia echa una mirada como de compasion á sus seis adoradores que, cual estatuas de bronce, están esperando las órdenes de su señora. Tan espresiva y tierna interpelacion por dos hermosos ojos azules, dirigida á los seis amantes, es acogida por estos con un movimiento de cabeza como en señal de que están sumisos á su autoridad.

—Con razon se puede decir que es V. la reina del baile.

—Qué lisongero está V. conmigo, caballero!

—Hago á V. justicia. Es de advertir que Eusebio la dirige estos piropos con cierta socarroneria, de que otra no tan coqueta como Julia se daría por ofendida. Pero ya se vé! la muger que aspira á dominar con sus hermosos ojos cien corazones á un tiempo, cree que basta que un jóven la dirija el mas ligero obsequio, la mas insignificante atencion, para contarle entre el número de sus apasionados. ¡Tal es la ambicion de conquistar corazones en las coquetas!

El rigodon se ha acabado, y el trasparente anuncia *Wals*.

—¿Bailará V. conmigo este *Wals*?

—Con sumo gusto—contesta Julia con la sonrisa y amabilidad de siempre.

Pandectas empieza á sospechar que Eusebio es el preferido por Julia: el Doctor *Homóplato* llama en su auxilio al sarampion, la escarlata, las viruelas, el cólico, la gastritis y todas las demas enfermedades, incluso los remedios que se conocen, nada mas que por sus nombres, en la profundizada ciencia de los *de profundis*. *Paralelógramo* rabia y pateo por no poder bailar con su adorado ó, mas bien, dorado tormento. *Chacona* y *Contreras* se contenta con andar al rededor de Julia, como si fuera una

pertináz abispa. El Alférez *Tremenda* bufa de rabia, y se retuerce el cepillo que tiene por bigote; y el Hidalgo *Zampaterrones* pone su rostro como el de un flamenco. Nuestro buen poeta *Sinalefa* ha recitado todas sus coplas á su cándida tortolita, en quien han hecho tanta mella como los sermones sin avemaría que tres veces al día la dirige su mamá. Unas veces el aspirante á diplomático ha llenado los oídos de su nueva querida de comparaciones las mas tremendas y feroces: otras la ha fastidiado con metáforas y alegorías que, ni ella, ni el autor han comprendido, ni es fácil que comprendan jamás. No obstante las calabazas tácitas que acaba de recibir de la *Virgen de Underlach*, trata de hacer una nueva declaración, por supuesto en verso, á una linda jóven que baila con un oficial, y á quien nuestro lúgubre poeta, allá en sus adentros, ha regalado el nombre de *Flor del paraíso*. Al oír el militar el zumbido del moscardon, vuelve la cabeza y le dice, con voz imperativa:—¡Camarada! á otra parte con la música, ó de lo contrario le declararé en estado de sitio, arrimándole un puntapie.

Sinalefa obedece como soldado subordinado la voz preventiva del oficial, y va á sentarse junto á una rubita de ojos azules, que al oír que tan ecsabrupto la requiebran en diferentes metros se pone muy colorada, suda y traspira de vergüenza. Su señora mamá, que solo oye á *Sinalefa* «*el nupcial lecho*;" «*posesion tan querida*;" «*junto al borde del precipicio*;" la «*linterna mágica y misteriosa*;" «*un rapto á la luz del astro de la noche*;" «*si tú, angelical criatura, apuras hasta las heces de la copa de la amargura yo beberé el veneno*" y otras frases por el estilo, que el poeta desembucha con voz sepulcral, pegado al oído de la jóven: la señora mamá, repetimos, Doña Margarita cree que el fatídico caballero que se ha acercado á su hija Luisita trata de seducirla y robarla, figurándose que toda esta triste música es la causa de la conmoción repentina de la jóven. La celosa Doña Margarita á vista de la tenebrosa caverna que *Sinalefa* trata de abrir para precipitar en ella á su tierna y querida hija, lo pone perdido á desvergüenzas, amenazándole á voz en grito con que si no se aleja pronto dará un escándalo, y le demandará ante el tribunal como raptor y seductor de jóvenes inocentes. Al mismo tiempo que la mamá va á poner por obra la primera parte de su pensamiento dando rienda suelta á su lengua, Eusebio hace una seña al poeta y este le comprende. Cuatro minutos despues, Julia escucha con desden y enfado las coplas que le recita *Sinalefa*. *Pandectas* cuenta ya otro nuevo rival.

Eusebio vuelve á comprometer á Julia para la primera cosa que toquen, y ella no puede menos de espresar con su bello rostro el placer que le causa tan buena conquista. ¿Si será ahora verdadero el amor de Julia? ¡Tambien las coquetas están espuestas á que Cupido las hiera con sus saetas envenenadas; y entonces son las que mas sufren á vista del desden de los amantes! Todos somos mortales, y el corazón no es de piedra! *Sinalefa*, que no ha escarmentado, ni por las calabazas de su cándida tortolita, ni por la orden del oficial y el desden de *Flor del paraíso*, ni por las tremendas amenazas de Doña Margarita, recita con mas furia y calor sus coplas á las jóvenes que encuentra.

El baile está prócsimo á su conclusion; y ya algunas parejas salen de la sala. Una joven bella, hermosa como las rosas de Mayo, modesta pero sin dejar de ser elegante, permanece aun en la galería en compañía de su mamá, dirigiendo de vez en cuando la vista hacia la parte en que baila Eusebio. *Sinalefa* no ha reparado hasta ahora en tan divina criatura, porque no ha tomado parte en la diversion. El atrevido Pedro Redondillo de la *Sinalefa* la dirige una mirada poé-

tica y apasionada, pero en vez de corresponder ella con otra, baja sus hermosos ojos: al parecer está triste y pensativa: la palidez cubre su bello rostro.

—¡Caramba! Eusebio, dice el vate acercándose á su amigo: aquí está la que yo buscaba en mis sueños, la que yo me habia creado en mis ilusiones, en fin la que yo veía á todas horas. Es necesario que esta noche no duerma yo, á fin de componer unas sentidas endechas con que poderla espresar mi pasión.

—Pero hombre! ¿qué diablos estás diciendo?

—Ahora lo sabrás: mi ideal querida está aquí mismo.

—No te decía yo que no era tarde para que viniera tu Teresa?

—¡Quia! si no es Teresa, ni Juana la que ocupa mi corazón en este instante: es otra mas hermosa y cándida.

—Sepamos cual....

—Mira allá al remate de la galería: ¿no ves una joven tan linda como *Flor celeste*?

Eusebio dirige la vista hacia la parte que le indica su amigo, y ve efectivamente dos hermosos ojos y un rostro encantador, que repentinamente se sombrea de un ligero carmin. El semblante del atolondrado y divertido calabera se altera.

—¿No es verdad que es sumamente hermosa?

—Si, si, contesta Eusebio y esclama á media voz:—ella!... María aquí!.. y sale del salón en compañía del poeta, que ya se cree dichoso con su nueva conquista.

(Se continuará.)

AL GUADALQUIVIR.

A mi buen amigo

EL SR. D. ANDRES LASSO DE LA VEGA Y QUINTANILLA.

Di, Guadalquivir hermoso,
¿Dó te lleva tu corriente,
Que así marchas presuroso
A hundir en el mar undoso
Tu altívaz omnipotente?

¿Tal vez abandonarás
Para siempre á Andalucía,
Y su cielo olvidarás...?
Nó, que acaso tornarás
Arrepentido otro día.

Llorarás tus trovadores,
Las náyades de tu playa,
Tu corona de mil flores,
Tu brisa que esparce amores
Y tu morisca atalaya.

Detente, escucha un momento
Los ecos del trovador,
Que en armónico concento

Dará tus glorias al viento
Y sus cantares de amor.

¿Cuántas veces á algun moro
En tu tranquila ribera
Oiste, que amargo lloro
Vertió en tus arenas de oro

Bajo la erguida palmera:

Cuando su vista fijaba
Sobre tus rizadas olas,
Y á lo lejos divisaba
Que tu espejo retrataba
Las moriscas banderolas!

¿Qué fué de tanta belleza
Como te amó á su albedrío?

¿Qué de la antigua riqueza,
De la altívaz y nobleza
Del musulman poderio?

¿Qué ha sido de tus vergeles,

Dó en amantes devaneos,
Sobre briosos corceles
Celebraban mil donceles
Justas, lides y torneos?

.....
¡Cuántos siglos han pasado
Sobre tu clara corriente,
Y tú, impasible, has mirado
Que todos se han sepultado
En los mares de Occidente!
Y miles generaciones
Con ellos desaparecieron;
Y fantásticas creaciones,
Bello tropel de ilusiones
Tal vez á tí parecieron.

¡Qué de páginas hermosas
Guardas allá de otra era
de ilusiones venturosas,
En las hojas de las rosas
Que embalsaman tu ribera!
¡Cómo, ay Bétis, yo te amaba
En la inocente edad mía,
Cuando tu márgen cruzaba
Y en tu corriente buscaba
El sol que allí se escondía!
Yo tu cristal enturbí,
Y exclamé ufano, orgulloso:
—¡Cuánto soy mas poderoso
Que el astro rey magestuoso.
Cuyo fulgor disipé!—

Y volví á tu orilla amena;
Y entonces el fuego ardiente
Sentí de menuda arena;
Alcé la frente serena,
Y el sol abrasó mi frente.

Marché pesaroso, y hora
Torno á decir tu hermosura,
El mal que el pecho atesora,
La virgen que el alma adora,
Que es ángel de mi ventura.

Aquí en tu orilla apartada
La he de cantar escondido,
Como la tórtola amada
Desde el solitario nido
Da su canto á la enramada,

Y tú la dirás mi amor

Y cuanto sufro en su ausencia;
Y al admirar el candor
Y la sublime escelencia
De su encanto seductor,

Dila que siento el despecho
De un mar que vive sin calma;
Que la zozobra de un pecho
Siempre implacable ha deshecho
Las ilusiones del alma.
Que vuelva á pisar tus flores,
Y habrán todas de inclinar
Sus frentes de mil colores,
Vertiendo pomos de olores
Los lirios y el azahar.

Dila que, de amor transido,
Testigo fuiste del mal
A que yo soy conducido;
Que el corazon vierte herido
De lágrimas un raudal.

Dila que con dulce abrazo
Podrá calmar mi tristura;
Y entonces en amante lazo
Le cantaré en su regazo
Los sueños de mi ventura.
¡Oh! cuán grato es el estar
A tu orilla entre las flores,
Y su cintura abrazar,
Y de sus lábios libar
El néctar de los amores!

.....
Un ósculo abrasador
Lleva en tu limpia corriente;
Y serás el portador
De ese suspiro de amor
Que estamparás en su frente.

Y cuando ardoroso estio
A tu seno la trajere,
Bésala amable, buen rio,
Y sin que ella lo advirtiere
Con tus besos dále el mio.

Y seremos los señores
De tu magnífica playa,
Con su corona de flores,
Su brisa que esparce amores
Y su morisca atalaya.

José Gutierrez de la Vega.

UNA TURCA SOBERANA.

En callejon sin salida,
lóbrego por su silencio,
tan torcido como oscuro,
tan oscuro como estrecho;

Famoso en toda Sevilla
desde muy remotos tiempos,
por los milagros que muchos
—sin ser santos— allí hicieron:

Entróse solo una noche,
embozado hasta el chapeo
y escupiendo manzanilla,
Manolito el Malagueño:

Con la intencion, segun dijo
al referirme este cuento,
de, halladas las cuatro esquinas,
dirigir la vista al cielo

En busca de la Giralda
que en muchas sale al encuentro,
y á su casa tomar rumbo
pues le cansaba el paseo.

Perdido, amen de la mona
que llevaba el forastero,
tan molido de cansancio
como abotagado el cuerpo;

Desde la una á la otra acera
círculos fué describiendo,
pasos de polka unas veces,
otras, pasos de bolero.

Llegó al fin de la calleja,
y en la tapia con el cuerpo
pegó tal encontronazo,
que cayó redondo al suelo.

Levántase algo aturdido,
y sospecha desde luego
que quien se le opone al paso
es un tío baratero.

Sin tener en cuenta el golpe
que recibió, ya sereno
se vuelve atrás, dá dos pasos,
se desemboza; el sombrero

Se coloca de tal modo
que parece un *solideo*;
se cuadra, y dice á la tapia
con mucha alma estos requiebros:

«O el arma á osté se la arranco,

asin sea mas ternejal
que mi tío Anton el manco,
ó deja osté el paso franco
bien á bien, ó mal á mal.

¡Ha oío osté! Camaráa,
paso he dicho...! por lo mismo
no quiera osté verla armáa;
ó le rompo á osté el bautismo
de la primera trompáa.

Si se me ajuma el pescao
le envido tres flores trucas...
¡Que vá osté á salir aviao!
A mi no me han asustao
cien mil hombres con trabucos.

Digo... que no aguanto groma,
que afirmo cáa puñetazo
que se vá á escuchá en Roma...
¡Qué no..! Hay vá un linternazo,
encomendarse á Majoma.

Entoavía..! Los hijares
ze los voy á osté á gorvé,
manojos de calamares;
la sangre aquí corre á mares
si tiro de mi arfilé.»

Como nadie le responde,
y la tapia siempre en medio
no le permite salida
al novicio Malagueño;

Este, mas y mas se atufa,
saca á relucir su acero
de Albacete, y con la capa
liada en el brazo izquierdo;

Sirviéndole de rodela
el calañez, en acecho
se queda un buen rato, jura,
echa á millares los ternos;

Y como á sus amenazas
solo le responde el eco,
tira un navajazo y otro,
siempre atizando con nervio;

Hiere á un pedernal, y saltan
algunas chispas de fuego;
las toma por rastrillazos
de pistolas, le entra miedo,

Y emprende á satisfacciones;

cambia de rumbo al momento,
y dijo volviendo grupa
muy cortés, aunque algo trémulo:
—«Pistolas...! Eh? no hay quimera,
pues con la tuya te sales;
tóo ha sío una friolera;
yo la verdá soy mú fiera,
pero es.... con armas iguales.»

Andres Avelino Orihucla.

LA ROSA DEL DESIERTO.

CANTOS DE UN TROVADOR PERSA.

I. GUL.

Venid en torno de mi tienda, felices hijos de la hermosa Aná, yo os contaré la historia de Zulima, la ninfa del Gurgistan (1).

Blanca era la niña, como la nieve que corona la frente del Ararat, y sus ojos negros, como el cuervo de las rocas del Cáucaso.

Muchas veces las ondas del Kur y del Arase han salpicado sus pies, paseando sus florestas; ella se bañaba en sus linfas, cuando el Bajá del Sultan la sorprendió para llevarla á su Serrallo.

Campaba entonces á las orillas del Eufrates una partida de caballeros, señores del desierto. El sol brillaba en las aceradas planchas de sus turbantes; anchas adargas colgaban de sus hombros, y la brisa de la mañana agitaba sus garzotas.

Un mozo los mandaba: Muley, que apenas habia visto veinte veces cargadas de dátiles las palmeras del desierto. Luciente jacerina guardaba su pecho.

Alheñada estaba su lanza y cuajada de brillantes.

Terrible era su cólera, y su espada brillaba en la pelea, como el relámpago. ¡Cuantos Visires y Bajás cayeron al impulso de su brazo, rotas sus colas, tintas en color sanguíneo, y de medias lunas coronadas!

Muley vió á la virgen cautiva, cuyo esbeltísimo talle ceñía una verde túnica, sembrada de fino aljofar, con borlas en los extremos. Cubría sus delicados hombros un capellar bordado. Un almaizár listado de azul y blanco con flecos de oro en sus cabos rodeaba su semblante, hermoso como la luna, cuando envuelve su argentada frente en una nube.

Tropa de genizaros escoltaba á la niña de las playas del mar Caspio; el Bajá marchaba á su cabeza.

—¿A donde la cautiva? pregúntale Muley.

—Al harem del Sultan Mahamud, mi señor, respondió el Bajá.

—Suéltala perro, ó te parto el corazon—y trabóse la refriega.

La lanza del árabe estalla, hecha pedazos, bien así como las cañas de un olivo, azotadas por el Simoun del desierto. Pero en su faja purpúrea su alfange de dorados perfiles brilla como un carbunclo. El le empuña, y cierra contra el turco.

Los árabes montan sus camellos. Su grito de pelea fue espantoso, como el ruido del león, cuando, acosado por el hambre, bate los hijares con su cola.

Todos pelean por beber la sangre en el cráneo de sus contrarios. El ruido del

(1) Georgia.

combate, los gritos de los que herían, los ayes de los que espiraban, los alfanques y lanzas que en pedazos mil rompían, eran como el bramido de la corriente del Tigris, cuando estrella sus espumosas ondas con el Eufrates.

Cayó la cabeza del Bajá, como la hoja seca que del árbol se desprende, con débil y melancólico quejido.

¡Victoria por el árabe! El ostenta en sus brazos á la virgen de Georgia; la coloca sobre su camello, y estrechándola contra su corazón la dice: «—Gúl mia, vámonos al desierto.»

II.

EL DESIERTO.

Hermoso es el sol de Aná, en la desierta Arábia, cuando su disco de fuego, brotando del fondo de las aguas del golfo Pérsico, se refleja en las perlas de sus playas.

Oyese la corriente del Eufrates de sabrosísimas aguas, que riegan el vergel de sus orillas. ¡Cuántas veces oyó Zulima el enamorado acento de Muley al plácido son de sus fugitivas ondas! Allí crecen el encendido granado y verde olivo; y el dorado naranjo y limonero, y el florido cinamomo escalan su delicado perfume.

Mas ¡ay! no ya en las zambras, y al son de sus adufes cantarán las hermosas hijas de Aná los amores de Muley y de Zulima. El Emir de Aná se enamoró de ella, y Muley la llevó al desierto.

Vedlos!..... Al pie de elevada palmera su tienda se levanta. El sol ardiente abrasa las arenas del desierto; pero ellos en blandas alcatifas descansan á la sombra. En rico lienzo de Irán, de voluptuosas esencias perfumado, envuelve Zulima su hermoso cuerpo, como en la blanca espuma de los mares la diosa del amor.

Sobre las rodillas de Muley descansa, teniendo en la mano su Houka de coral.

Agar, la fiel Agar les sirve doradas y olorosas frutas, y aromático café.

Ismael, en mas apartada tienda, guarda sus camellos de viaje.

—Moreno mio, ¿porqué esta errante vida de asaltos y combates?... volvamos á Georgia.

—Houri del Eden, la dice Muley, hermoso es el sol de Arabia, que brilla en sus arenas de oro y de cristal: tú eres la sultana de mi corazón y la *Rosa del desierto*.

III.

SULTANA.

Elévase sobre los muros de la antigua Bizancio, al pie del Bosphoro de Tracia, el palacio-serrallo de los Sultanes de Stambúl. Las aguas del mar de Mármara se estrellan contra el cerco de sus jardines, salpicándolo de aljofar. ¡Tristes las esclavas del Sultan! Ellas se pasean por sus hermosos cuadros; pero al través de sus eternos cipreses no ven mas que los lienzos de algun ligero buque, ó los altos minaretes de las mezquitas, que tristes levantan sus abujas, como tristes se alzan los tallos de las plantas, á quienes los vientos despojaron de sus flores.

¿Quién es aquella Odalisca, cuyo semblante oculta larga toca, gayada de azul y blanco, y entra en el palacio del Sultan, que la vá siguiendo?

¡Muley! Muley... ¿porqué tus gritos de rabia hieren los castos oídos de las virgenes de Aná?

Mas ¡ay! la gacela cayó en poder del tigre.

Mientras, orgulloso en tu camello, asaltabas al ostentoso peregrino de la Meca, un Arraez turco roba de su tienda á la ninfa del Gurgistan, y la entrega al Gran Señor.

Envuelta en delicadas cachemiras, olorosas con los mas ricos perfumes de Chiraz, descansa en hermosos almohadones de damasco la triste favorita. Arden en lámparas de alabastro aromáticos aceites, que alumbran su morada.

Ella prende sus cabellos con perlas de Bahrein; y diamantes de Golconda, y rubíes del Pegú brillan en sus torneados dedos.

Pero ¡ay! llora la rica cautiva.... antes el amor de Muley era su vida; su vida la libertad: ahora el amor del Sultan es su muerte, y su muerte la esclavitud.

—Sé mia: la dice. Vuelve alegre este corazon, que el rigor de tu desvío ha marchitado. Tu serás el alma de mis ojos, y la sultana de mi imperio.

—Tesoro de poder, Alá te guarde: brille la espada de tu cólera, ó mándame al desierto.

IV.

CANTO DE MUERTE.

¡Ay! mi voz desfallece, y el llanto de mis ojos baña las cuerdas de la lira. Lloremos, hijos de Aná!.....

No ya la tierna golondrina volverá á entonar alegres cantos sobre las palmeras del desierto, para su amante, que la escucha enagenado.

Un Alfaquí turco sorprendió á Zulima prosternada ante una efigie del Cristo, en cuya frente, coronada de espinas, brillaba una auréola, y predijo al Sultan un fatal horóscopo. (1).

Mahamud llevó la mano á la frente; el llanto brotó en sus ojos, y con la voz cortada por un suspiro, dijo al Alfaquí:—¡perezca la cautiva!.....

Es de noche. Platéa la luna la superficie del Bosphoro, cuyas aguas rasga la proa de una góndola, como rasga un diamante el cristal con débil ruido. Dos Calionguis turcos van en ella. Uno boga, en tanto que el otro gobierna su timon.

—Bueno! parad aquí—murmuró el último, sacando de debajo de su manto un abultado saco de sinabafa, y arrojándolo á las aguas, que se abren y se cierran, ondeando en derredor.....

¡Muley! Muley... ya llegas tarde. ¿De qué te sirve en tu cólera amenazar la vida del Sultan? vuélvete, vuélvete á Aná.

Mas ¡ay! falta otra víctima. Un Eunuco ganado por el oro, indica á Muley el lugar del sacrificio.

Seis lunas esperó con calma al pie de las olas de la playa, á la sétima le volvieron su tesoro, rodando por la arena. Lleno de gozo abrió el sacó, que envolvía aquel cuerpo tan hermoso un día, ahora pálido y frio como el marmol.

Besó su frente livida, y derramó una lágrima sobre sus apagados ojos. Luego dió órdenes imperiosas á su fiel esclavo, y despues de colocar sobre una roca el saco de Zulima, se envolvió en su manto, cuyas puntas fueron atadas contra el saco por Ismael, que fijando sus espaldas en las rocas, empujó con los pies los cuerpos de sus señores, que rodaron hasta tocar las aguas con lúgubre estampido.....

El fiel Ismael cumplió con sus señores como un árabe caballero. Hizo de su lanza una cruz que colocó sobre la roca, entonando un himno del profeta, y dirigiéndose al desierto distribuyó las riquezas de Muley entre los pobres peregrinos.

Luego fue á visitar la Meca, para orar en el monte Aarat, dar siete vueltas al rededor de la Caaba, y beber las aguas del sagrado Zenzen.

Patricio Menendez Rayon.

(1). Los georgianos profesan la religion cristiana, aunque algo adulterada con la heregia de Nestorio. Hay, no obstante, algunos católicos puros.